

Traducción de

FERNANDO HUGO AZCURRA: Introducción, Primera, Segunda
y Tercera Parte y Conclusión

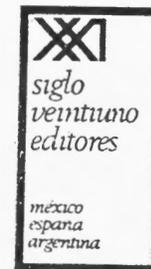
JOSÉ SAZBÓN: Textos ilustrativos

Muy Bueno
profundidad
critica

El oficio de sociólogo

Presupuestos epistemológicos

por
Pierre Bourdieu
Jean-Claude Chamboredon
Jean-Claude Passeron





siglo veintiuno editores, sa
AV. CERRO DEL AGUA 248, MÉXICO 20, D. F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
EMILIO RUBIN 7, MADRID - 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa
PERU 952, BUENOS AIRES, ARGENTINA

Nº Editorial: 205

Título original: *Le métier de sociologue*
© 1973 Ecole Pratique des Hautes Études (VI Section)
and Mouton & Co.

Primera edición en castellano, agosto de 1975

© Siglo XXI Argentina Editores S. A.

Perú 952, Buenos Aires

En coedición con

Siglo XXI Editores S.A.

Av. Cerro del Agua 248, México 20, D.F.

Siglo XXI de España Editores S.A.

Emilio Rubín 7, Madrid - 33, España

Hecho el depósito que marca la ley nº 11.723

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

INDICE

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN	9
INTRODUCCIÓN: EPISTEMOLOGÍA Y METODOLOGÍA	11
Pedagogía de la investigación, 14. Epistemología de las ciencias del hombre y epistemología de las ciencias de la naturaleza, 18. La metodología y el desplazamiento de la vigilancia, 20. El orden epistemológico de razones, 24.	
PRIMERA PARTE: LA RUPTURA	27
I. EL HECHO SE CONQUISTA CONTRA LA ILUSIÓN DEL SABER INMEDIATO	27
I.1. Prenociones y técnicas de ruptura, 28; I.2. La ilusión de la transparencia y el principio de la no-conciencia, 29; I.3. Naturaleza y cultura: sustancia y sistema de relaciones, 35; I.4. La sociología espontánea y los poderes del lenguaje, 37; I.5. La tentación del profetismo, 42; I.6. Teoría y tradición teórica, 44; I.7. Teoría del conocimiento sociológico y teoría del sistema social, 48	
SEGUNDA PARTE: LA CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO	51
II. EL HECHO SE CONSTRUYE: LAS FORMAS DE LA RENUNCIA EMPIRISTA	51
II.1. "Las abdicaciones del empirismo", 54; II.2. Hipótesis o supuestos, 58; II.3. La falsa neutralidad de las técnicas: objeto construido o artefacto, 61; II.4. La analogía y la construcción de hipótesis, 72; II.5. Modelo y teoría, 76	
TERCERA PARTE: EL RACIONALISMO APLICADO	83
III. EL HECHO SE CONQUISTA, CONSTRUYE, COMPRUEBA: LA JERARQUÍA DE LOS ACTOS EPISTEMOLÓGICOS	83
III.1. Consecuencia de las operaciones y la jerarquía de los actos epistemológicos, 83; III.2. Sistema de proposiciones y verificación sistemática, 91; III.3. Las parejas epistemológicas, 94	
CONCLUSIÓN: SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO Y EPISTEMOLOGÍA	99
Esbozo de una sociología de la tentación positivista en sociología, 100. El arraigo social del sociólogo, 104. Fortaleza científica y vigilancia epistemológica, 106	

TEXTOS ILUSTRATIVOS	111
NOTA SOBRE LA SELECCIÓN DE LOS TEXTOS	112
PRÓLOGO	113
SOBRE UNA EPISTEMOLOGÍA CONCORDATARIA	113
1. G. Canguilhem, 113	
LOS TRES GRADOS DE LA VIGILANCIA	121
2. G. Bachelard, 121	
INTRODUCCIÓN: EPISTEMOLOGÍA Y METODOLOGÍA	125
EPISTEMOLOGÍA Y LÓGICA RECONSTRUIDA	125
3. A. Kaplan, 125	
1. LA RUPTURA	129
1.1. PRENOCIONES Y TÉCNICAS DE RUPTURA	129
<i>Las prenociones como obstáculo epistemológico</i>	129
4. E. Durkheim, 130	
<i>La definición provisional como instrumento de ruptura</i>	134
5. M. Mauss, 134	
<i>El análisis lógico como coadyuvante de la vigilancia epistemológica</i>	138
6. J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, 138	
1.2. LA ILUSIÓN DE LA TRANSPARENCIA Y EL PRINCIPIO DE LA NO-CONCIENCIA	150
<i>La filosofía artificialista como fundamento de la ilusión de la reflexividad</i>	150
7. E. Durkheim, 150	
<i>La ignorancia metódica</i>	153
8. E. Durkheim, 153	
<i>El inconsciente: del sustantivo a la substancia</i>	157
9. L. Wittgenstein, 158	
<i>El principio del determinismo como negación de la ilusión de la transparencia</i>	160
10. E. Durkheim, 160	
<i>El código y el documento</i>	164
11. F. Simiand, 165	
1.3. NATURALEZA Y CULTURA: SUSTANCIA Y SISTEMA DE RELACIONES	167
<i>Naturaleza e historia</i>	167
12. K. Marx, 167	
<i>La naturaleza como invariante psicológica y el paralogismo de la inversión del efecto y de la causa</i>	173
13. E. Durkheim, 174	
<i>La esterilidad de la explicación de las especificidades históricas por tendencias universales</i>	177
14. M. Weber, 178	
1.4. LA SOCIOLOGÍA ESPONTÁNEA Y LOS PODERES DEL LENGUAJE	183
<i>La nosografía del lenguaje</i>	183
15. M. Chastaing, 183	
<i>Los esquemas metafóricos en biología</i>	190
16. G. Canguilhem, 190	

1.5. LA TENTACIÓN DEL PROFETISMO	196
<i>El profetismo del profesor y del intelectual</i>	196
17. M. Weber, 196; 18. B. M. Berger, 198	
1.6. TEORÍA Y TRADICIÓN TEÓRICA	202
<i>Razón arquitectónica y razón polémica</i>	202
19. G. Bachelard, 202	
2. LA CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO	205
<i>El método de la economía política</i>	205
20. K. Marx, 205	
<i>La ilusión positivista de una ciencia sin supuestos</i>	208
21. M. Weber, 208	
<i>"Hay que tratar a los hechos sociales como cosas"</i>	217
22. E. Durkheim, 217	
2.1. LAS ABDICACIONES DEL EMPIRISMO	221
<i>El vector epistemológico</i>	221
23. G. Bachelard, 221	
2.2. HIPÓTESIS O PRESUPUESTOS	224
<i>El instrumento es una teoría en acto</i>	224
24. E. Katz, 224	
<i>El estadístico debe saber lo que hace</i>	232
25. F. Simiand, 232	
2.3. LA FALSA NEUTRALIDAD DE LAS TÉCNICAS: OBJETO CONSTRUIDO O ARTEFACTO	237
<i>La entrevista y las formas de organización de la experiencia</i>	237
26. L. Schatzman y A. Strauss, 238	
<i>Imágenes subjetivas y sistema objetivo de referencia</i>	254
27. J. H. Goldthorpe y D. Lockwood, 254	
<i>Las categorías de la lengua indígena y la construcción de los hechos científicos</i>	257
28. C. Lévi-Strauss, 257; 29. M. Mauss, 259; 30. B. Malinowski, 260	
2.4. LA ANALOGÍA Y LA CONSTRUCCIÓN DE HIPÓTESIS	262
<i>El uso de los tipos ideales en sociología</i>	262
31. M. Weber, 262	
2.5. MODELO Y TEORÍA	270
<i>La Summa y la catedral. Las analogías profundas como producto de un hábito mental</i>	270
32. E. Panofsky, 270	
<i>La función heurística de la analogía</i>	274
33. P. Duhem, 274	
<i>Analogía, teoría e hipótesis</i>	277
34. N. R. Campbell, 277	
3. EL RACIONALISMO APLICADO	283
3.1. LA IMPLICACIÓN DE LAS OPERACIONES Y LA JERARQUÍA DE LOS ACTOS EPISTEMOLÓGICOS	283
<i>Teoría y experimentación</i>	283
35. G. Canguilhem, 284	

<i>Los objetos predilectos del empirismo</i>	291
36. W. Mills, 292	
3.2. SISTEMA DE PROPOSICIONES Y VERIFICACIÓN SISTEMÁTICA	296
<i>La teoría como desafío metodológico</i>	296
37. L. Hjemslev, 296	
<i>La argumentación circular</i>	300
38. E. Wind, 300	
<i>La prueba por un sistema de probabilidades convergentes</i>	305
39. Ch. Darwin, 305	
3.3. LAS PAREJAS EPISTEMOLÓGICAS	310
<i>La filosofía dialogada</i>	310
40. G. Bachelard, 310	
<i>El neo-positivismo, acoplamiento del sensualismo y del formalismo</i>	315
41. G. Canguilhem, 315	
<i>El formalismo como intuicionismo</i>	321
42. E. Durkheim, 321	
CONCLUSIÓN: SOCIOLOGÍA DEL CONOCIMIENTO Y EPISTEMO- LOGÍA	327
<i>Las mundanidades de la ciencia</i>	327
43. G. Bachelard, 327	
<i>De la reforma del entendimiento sociológico</i>	336
44. M. Maget, 336	
<i>Los controles cruzados y la transitividad de la censura</i>	342
45. M. Polanyi, 342	
LISTA DE TEXTOS	345
ÍNDICE TEMÁTICO	351

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

La preparación de esta segunda edición abreviada nos permitió modificar el proyecto inicial de continuar el volumen consagrado a los *Presupuestos epistemológicos* con un segundo tomo que habría tratado de la construcción del objeto sociológico y un tercero, destinado a presentar una recopilación crítica de los instrumentos, tanto conceptuales como técnicos, de la investigación. Finalmente, nos pareció imposible realizar en estos campos el equivalente del trabajo de construcción que la inexistencia de una epistemología de las ciencias sociales habría hecho posible y necesario; al no poder, en un terreno tan manifiestamente cubierto, y hasta obstaculizado, optar por la ingenuidad, no hemos podido resignarnos de antemano a la discusión moderada de las teorías y de los conceptos en vigor, de las que la tradición universitaria hace el presupuesto de toda discusión teórica.

Estáramos tentados, preferentemente, de someter estos *Presupuestos epistemológicos* a una revisión que tendiera a subordinar totalmente el discurso a una intención pedagógica, realizada con tanta imperfección en el estado actual de la obra. De esa manera, cada uno de los principios hubieran quedado fijados en preceptos o, al menos, en ejercicios de interiorización de la postura. Por ejemplo, para desprender todas las virtualidades heurísticas implicadas en un principio como el de la primacía de las relaciones, hubiera sido necesario mostrar en sus componentes (tal como se hace en un seminario, o mejor en un grupo de investigación, cuando se examina la construcción de una muestra, la elaboración de un cuestionario o el análisis de una serie de cuadros estadísticos) cómo este principio ordena las elecciones técnicas de la investigación (construcción de series de poblaciones separadas por diferencias pertinentes desde el punto de vista de las relaciones consideradas, elaboración de preguntas que, secundarias para la sociografía de la población

propiamente dicha, permiten situar el caso considerado en un sistema de casos dentro del cual adquiere sentido o, inclusive, movilización de técnicas gráficas o mecanográficas que permitan aprender sinóptica y exhaustivamente el sistema de relaciones entre las relaciones reveladas por un conjunto de cuadros estadísticos). Nos hemos detenido, entre otras razones, por el temor de que este esfuerzo de esclarecimiento pedagógico pueda llevar, debido a los límites de la comunicación escrita, a negar que la enseñanza de investigación es una enseñanza de invención y que pudiera estimular la canonización de preceptos desgastados de una nueva metodología o, peor aun, de una nueva tradición teórica. No es un riesgo ficticio: la crítica, en su momento herética, del empirismo positivista y de la abstracción metodológica, tiene enormes posibilidades de confundirse, actualmente, con los discursos previos de una nueva vulgata que consiga, una vez más, postergar la ciencia sustituyendo el honroso lugar de la pureza teórica con la obsesión de la impecabilidad metodológica.

Setiembre de 1972

Los textos ilustrativos que constituyen la segunda parte de este libro (pp. 111) deben ser leídos paralelamente a los análisis en el curso de los cuales son utilizados o explicados. Las remisiones a estos textos son indicadas en la primera parte del libro mediante una nota entre corchetes que lleva el nombre del autor y el número del texto. Al final del libro (pp. 345) incluimos un índice especial que facilita la consulta.

INTRODUCCIÓN

EPISTEMOLOGÍA Y METODOLOGÍA

“El método —escribe Auguste Comte— no es susceptible de ser estudiado separadamente de las investigaciones en que se lo emplea; o, por lo menos, sería éste un estudio muerto, incapaz de fecundar el espíritu que a él se consagra. Todo lo que pueda decirse de real, cuando se lo encara abstractamente, se reduce a generalidades tan vagas que no podrían tener influencia alguna sobre el régimen intelectual. Cuando se ha establecido, como tesis lógica, que todos nuestros conocimientos deben fundarse sobre la observación, que debe procederse de los principios hacia los hechos y de los hechos hacia los principios, además de algunos otros aforismos similares, se conoce mucho menos netamente el método que a quien estudia, de modo poco profundo, una sola ciencia positiva, aun sin intención filosófica. Por haber desconocido este dato esencial, nuestros psicólogos se inclinan a considerar a sus ensueños como ciencia, cuando creen comprender el método positivo por haber leído los preceptos de Bacon o el *Discurso* de Descartes. Ignoro si, más tarde, será posible seguir *a priori* un verdadero curso de método del todo independiente del estudio filosófico de las ciencias; pero estoy convencido de que ello es imposible hoy, puesto que los grandes procedimientos lógicos no pueden aún ser explicados, con suficiente precisión, por separado de sus aplicaciones. Me atrevo a agregar además que, aun cuando una empresa de este tipo pueda ser realizada —lo que, en efecto es concebible—, sólo por el estudio de las aplicaciones regulares de los procedimientos científicos podrá lograrse un buen sistema de hábitos intelectuales, hecho que es, sin embargo, objetivo esencial del método.”¹

¹ A. Comte, *Cours de philosophie positive*, t. I, Bachelier, París, 1830 (citado según la edición Garnier, 1926, pp. 71-72). Podría señalarse, con Canguilhem, que no es fácil superar la seducción del vocabulario que “nos

Nada habría que agregar a este texto que, al negarse a disociar el método de la práctica, de entrada rechaza todos los discursos del método, si no existiera ya todo un discurso acerca del método que, ante la ausencia de una oposición de peso, amenaza imponer a los investigadores una imagen desdoblada del trabajo científico. Profetas que se ensañan con la impureza original de la empiria —de quienes no se sabe si consideran las mezquindades de la rutina científica como atentatorias a la dignidad del objeto que ellos piensan les corresponde o del sujeto científico que pretenden encarnar— o sumos sacerdotes del método que todos los investigadores observarían voluntariamente, mientras vivan, sobre los estrados del catecismo metodológico, quienes disertan sobre el arte de ser sociólogo o el modo científico de hacer ciencia sociológica a menudo tienen en común la disociación del método o la teoría respecto de las operaciones de investigación, cuando no disocian la teoría del método o la teoría de la teoría. Surgido de la experiencia de investigación y de sus dificultades cotidianas, nuestro propósito explícita, en función de las necesidades de esta causa, un “sistema de costumbres intelectuales”: se dirige a quienes, “embarcados” en la práctica de la sociología empírica, sin necesidad alguna de que se les recuerde la necesidad de la medición y de su aparato teórico y técnico, están de acuerdo totalmente con nosotros sobre aquello acerca de lo cual estamos de acuerdo porque va de suyo: la necesidad, por ejemplo, de no descuidar ninguno de los instrumentos conceptuales o técnicos que dan todo el rigor y la fuerza a la verificación experimental. Sólo quienes no tienen o no quieren hacer la experiencia de investigación podrán ver, en esta obra que apunta a problematizar la práctica sociológica, un cuestionamiento de la sociología empírica.²

conduce sin cesar a concebir el método como susceptible de ser separado de las investigaciones en que es puesto en práctica: [A. Comte] “enseña en la primera lección del *Curso de filosofía positiva* que el método no es susceptible de ser estudiado por separado de las investigaciones en que es empleado; ello sobrentiende que el empleo de un método supone ante todo su posesión” (G. Canguilhem, *Théorie et technique de l'expérimentation chez Claude Bernard*, Colloque du centenaire de la publication de *L'Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, Masson, Paris, 1967, p. 24).

² La división del campo epistemológico según la lógica de los pares (cfr. 3ª parte) y las tradiciones intelectuales que, al identificar toda reflexión con especulación pura, no permiten percibir la función técnica de una reflexión sobre la relación con las técnicas, otorgan fuerte probabilidad al malentendido que aquí tratamos de enfrentar: en efecto, en esta organización dualista de las

Si bien es cierto que la enseñanza de la investigación requiere, de parte de quienes la conciben como de los que la reciben, una referencia directa y constante a la experiencia *en primera persona* de la práctica, “la metodología de moda que multiplica los programas de investigaciones refinadas pero hipotéticas, las consideraciones críticas de investigaciones realizadas por otros [...] o los veredictos metodológicos”,³ no podría remplazar una reflexión sobre la relación justa con las técnicas y un esfuerzo, aún azaroso, por transmitir principios que no pueden presentarse como simples verdades de principio porque son el principio de la investigación de verdades. Si bien es cierto, además, que los métodos se distinguen de las técnicas, por lo menos en que éstos son “lo suficientemente generales como para tener valor en todas las ciencias o en un sector importante de ellas”,⁴ esta reflexión sobre el método debe también asumir el riesgo de rever los análisis más clásicos de la epistemología de las ciencias de la naturaleza; pero quizá sea necesario que los sociólogos se pongan de acuerdo sobre principios elementales que aparecen como evidentes para los especialistas en ciencias de la naturaleza o en filosofía de las ciencias, para salir de la anarquía conceptual a la que están condenados por su indiferencia ante la reflexión epistemológica. En realidad, el esfuerzo por examinar una ciencia en particular a través de los principios generales proporcionados por el saber epistemológico se justifica y se impone especialmente en el caso de la sociología: en ella todo conduce, en efecto, a ignorar este saber, desde el estereotipo humanista de la irreductibilidad de las ciencias humanas hasta las características del reclutamiento y la formación de investigadores, sin olvidar la existencia de un conjunto de metodólogos especializados

posiciones epistemológicas todo intento de volver a insertar las operaciones técnicas en la jerarquía de los actos epistemológicos será casi inevitablemente interpretada como un ataque dirigido contra la técnica y los técnicos; pese a que reconocemos la contribución capital que los metodólogos, y en particular Paul F. Lazarsfeld, han aportado a la racionalización de la práctica sociológica, sabemos que corremos el riesgo de que se nos ubique más cerca de *Fads and Foibles of American Sociology* que de *The Language of Social Research*.

³ R. Needham, *Structure and Sentiment: A Test-case in Social Anthropology*, University of Chicago Press, Chicago-Londres, 1962, p. vii.

⁴ A. Kaplan, *The Conduct of Inquiry, Methodology of Behavioral Science*, Chandler, San Francisco, 1964, p. 23. El mismo autor se lamenta de que el término “tecnología” haya adquirido ya un sentido especializado; observa que podría aplicarse con elevada exactitud a un gran número de estudios calificados como “metodológicos” (*ibid.*, p. 19).

en la reinterpretación selectiva del saber de las otras ciencias. Por tanto, es necesario someter las operaciones de la práctica sociológica a la polémica de la razón epistemológica, para definir, y si es posible inculcar, una actitud de vigilancia que encuentre en el completo conocimiento del error y de los mecanismos que lo engendran uno de los medios para superarlo. La intención de dotar al investigador de los medios para que él mismo supervise su trabajo científico, se opone a los llamados al orden de los censores cuyo negativismo perentorio sólo suscita el horror al error y el recurso resignado a una tecnología investida con la función de exorcismo.

Como la obra de Gaston Bachelard lo demuestra, la epistemología se diferencia de una metodología abstracta en su esfuerzo por captar la lógica del error para construir la lógica del descubrimiento de la verdad como polémica contra el error y como esfuerzo para someter las verdades próximas a la ciencia y los métodos que utiliza a una rectificación metódica y permanente [G. Canguilhem, *texto n° 1*]. Pero la acción polémica de la razón científica no tendría toda su fuerza si el "psicoanálisis del espíritu científico" no se continuara en un análisis de las condiciones sociales en las cuales se producen las obras sociológicas: el sociólogo puede encontrar un instrumento privilegiado de vigilancia epistemológica en la sociología del conocimiento, como medio para enriquecer y precisar el conocimiento del error y de las condiciones que lo hacen posible y, a veces, inevitable [G. Bachelard, *texto n° 2*]. Por consiguiente, las apariencias que aquí pudieran subsistir de una discusión *ad hominem* se refieren sólo a los límites de la comprensión sociológica de las condiciones del error: una epistemología que se remite a una sociología del conocimiento, menos que ninguna otra puede imputar los errores a sujetos que no son, nunca ni totalmente, sus autores. Si, parafraseando un texto de Marx, "no pintamos de rosado" al empirista, al intuicionista o al metodólogo, tampoco nos referimos a "personas sino en tanto que personificación" de posiciones epistemológicas que sólo se comprenden totalmente en el campo social donde se apoyan.

PEDAGOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN

La función de esta obra define su forma y su contenido. Una enseñanza de la investigación cuyo proyecto sea exponer los principios

de una práctica profesional y simultáneamente imprimir cierta relación a esta práctica, es decir proporcionar a la vez los instrumentos indispensables para el tratamiento sociológico del objeto y una disposición activa a utilizarlos apropiadamente, debe romper con la rutina del discurso pedagógico para restituir su fuerza heurística a los conceptos y operaciones más completamente "neutralizados" por el ritual de la exposición canónica. Por ello, esta obra que apunta a señalar los actos más prácticos de la práctica sociológica comienza por una reflexión que trata de recordar, sistematizándolos, las implicaciones de toda práctica, buena o mala, y de concretar en preceptos prácticos el principio de vigilancia epistemológica (Libro primero).⁵ Se intentará luego la definición de la función y las condiciones de aplicación de los esquemas teóricos a los que debe recurrir la sociología para construir su objeto, sin pretender presentar estos primeros principios de la interrogación propiamente sociológica como una teoría acabada del conocimiento del objeto sociológico y, menos todavía, como una teoría general y universal del sistema social (Libro segundo).^{*} La investigación empírica no necesita comprometer tal teoría para escapar al empirismo, siempre que ponga en práctica efectiva, en cada una de sus operaciones, los principios que lo constituyen como ciencia, proporcionándole un objeto caracterizado por un mínimo de coherencia teórica. Si esta condición se cumple, los conceptos o los métodos podrán ser utilizados como *instrumentos* que, arrancados de su contexto original, se abren a nuevos usos (Libro tercero).^{**} Al asociar la presentación de cada instrumento intelectual a ejemplos de su utilización, se tratará de evitar que el saber sociológico pueda aparecer como una suma de técnicas, o como un capital de conceptos separados o separables de su implementación en la investigación.

Si nos hemos permitido extraer del orden de razones en las que se encontraban insertos los principios teóricos y los procedimientos técnicos heredados de la historia de la ciencia sociológica, no es sólo para quebrar los encadenamientos del orden didáctico que no renuncia a la complacencia erudita frente a la historia de las doctrinas o los conceptos sino para rendir tributo al reconocimiento diplomático de los valores consagrados por la tradición o sacralizados por la moda, ni tampoco para liberar virtualidades

⁵ Cf. *supra* el prefacio a la segunda edición, pp. 9-10.

^{*} Véase nota 5.

^{**} Véase nota 5.

heurísticas, muchas veces más numerosas que lo que permitirían creer los usos académicos; es, sobre todo, en nombre de una concepción de la teoría del conocimiento sociológico que hace de esta teoría sistema de principios que definen las condiciones de posibilidad de todos los actos y todos los discursos propiamente sociológicos, y sólo de éstos, cualesquiera que sean las teorías del sistema social de quienes producen o produjeron obras sociológicas en nombre de estos principios. El problema de la filiación de una investigación sociológica a una teoría particular acerca de lo social, la de Marx, la de Weber o la de Durkheim por ejemplo, es siempre secundario respecto del problema de la pertenencia de esta investigación a la ciencia sociológica: el único criterio de esta pertenencia reside, en realidad, en la aplicación de los principios fundamentales de la teoría del conocimiento sociológico que, en tanto tal, de ningún modo separa a autores a los que todo aleja en el plano de la teoría del sistema social. Aunque la mayoría de los autores han llegado a confundir su teoría particular del sistema social con la teoría del conocimiento de lo social que abrazaban, por lo menos implícitamente en su práctica sociológica, el proyecto epistemológico puede permitirse esta distinción preliminar para vincular autores cuyas oposiciones doctrinarias ocultan el acuerdo epistemológico.

Temer que esta empresa conduzca a una amalgama de principios tomados de tradiciones teóricas diferentes o a la constitución de un *corpus* de fórmulas disociadas de los principios que las fundamentan, implica olvidar que la reconciliación cuyos principios creemos explicitar se opera realmente en el ejercicio auténtico del oficio de sociólogo o, más exactamente, en el "oficio" del sociólogo, *habitus* que, en tanto que sistema de esquemas más o menos dominados y más o menos transponibles, no es sino la interiorización de los principios de la teoría del conocimiento sociológico. A la tentación que siempre surge de transformar los preceptos del método en recetas de cocina científica o en objetos de laboratorio, sólo puede oponérsele un ejercicio constante de la vigilancia epistemológica que, subordinando el uso de técnicas y conceptos a un examen sobre las condiciones y los límites de su validez, proscriba la comodidad de una aplicación automática de procedimientos robados y señale que toda operación, no importa cuán rutinaria repetida sea, debe repensarse a sí misma y en función del caso articular. Sólo una reinterpretación mágica de las exigencias de medición puede a la vez sobrestimar la importancia de las ope-

raciones que no son, por otra parte, sino recursos del oficio y, transformando la cautela metodológica en respeto sagrado, utilizar no sin temor o no utilizar jamás, bajo el temor de no cumplir totalmente las condiciones rituales, instrumentos que deberían ser juzgados sólo en el uso. Los que llevan la cautela metodológica hasta la obsesión hacen pensar en ese enfermo del que habla Freud, que dedicaba su tiempo a limpiar sus anteojos sin ponérselos nunca.

Considerar seriamente el proyecto de transmitir un *ars inveniendi* significa reconocer que supone algo más y diferente que el *ars probandi* propuesto por quienes confunden la mecánica lógica, enseguida desarmada, de las comprobaciones y las pruebas con el funcionamiento real del espíritu creador; reconocer también, con la misma evidencia, que existen senderos o, mejor dicho, atajos que hoy pueden trazar una reflexión sobre la investigación en el camino sin arrepentimientos ni rodeos que propondría un discurso verdadero del método sociológico.

A diferencia de la tradición que se atiene a la lógica de la prueba, sin permitirse, por principio, penetrar en los arcanos de la invención, condenándose de esta forma a vacilar entre una retórica de la exposición formal y una psicología literaria del descubrimiento, quisiéramos proporcionar aquí los medios para adquirir una disposición mental que sea condición de la invención y de la prueba. Si esta reconciliación no se produce, ello implicaría renunciar a proporcionar una ayuda, cualquiera que sea, al trabajo de investigación, limitándonos junto a tantos otros metodólogos, a invocar o llamar, como se llama a los espíritus, los milagros de una iluminación creadora, que transmite la hagiografía del descubrimiento científico, o los misterios de la psicología de las profundidades.⁶

⁶ La literatura metodológica ha procurado siempre, cuando define el objeto de la lógica de las ciencias, evitar explícitamente la consideración de los *ways of discovery* en favor de los *ways of validation* (cfr. por ejemplo, C. Hempel, *Aspects of Scientific Explanation and Other Essays in the Philosophy of Science*, Free Press, Nueva York, 1965, pp. 82-83). K. R. Popper insiste a menudo sobre esta dicotomía que, en él, parece encubrir la oposición entre la vida pública y la privada: "La pregunta «¿Cómo descubrió usted su teoría por primera vez?» interesa, para decirlo de algún modo, a una cuestión muy personal, contrariamente a lo que supone la pregunta «¿cómo verificó usted su teoría?»" (K. R. Popper, *Misère de l'historicisme* [trad. de H. Rousseau], Plon, París, 1956, p. 132 [hay ed. esp.]). O también: "No existe nada que se parezca a un método lógico para tener ideas o a un..."

Si va de suyo que los automatismos adquiridos posibilitan la economía de una invención permanente, hay que cuidarse de la creencia de que el sujeto de la creación científica es un *automaton spirituale* que obedece a los organizados mecanismos de una programación metodológica constituida de una vez para siempre, y por tanto encerrar al investigador en los límites de una ciega sumisión a un programa que excluye la reflexión sobre el programa, reflexión que es condición de invención de nuevos programas.⁷ La metodología, afirmaba Weber, “[...] es condición de un trabajo fecundo en la misma medida en que el conocimiento de la anatomía es condición de la marcha correcta”.⁸ Pero, aunque es inútil confiar en descubrir una ciencia sobre el modo de hacer ciencia, y suponer que la lógica sea algo más que un modo de control de la ciencia que se construye o que ya se ha construido, sin embargo, como lo observó Stuart Mill, “la invención puede ser cultivada”, es decir que una explicitación de la lógica del descubrimiento, tan parcial como parezca, puede contribuir a la racionalización del aprendizaje de las aptitudes para la creación.

EPISTEMOLOGÍA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE Y EPISTEMOLOGÍA DE LAS CIENCIAS DE LA NATURALEZA

La mayoría de los errores a los que se exponen la práctica sociológica y la reflexión sobre la misma radican en una representación falsa de la epistemología de las ciencias de la naturaleza y de la relación que mantiene con la epistemología de las ciencias del hombre. Así, epistemologías tan opuestas en sus afirmaciones

de este proceso. En mi opinión, todo descubrimiento contiene un «elemento irracional» o una «intuición creadora», en el sentido bergsonianiano” (K. R. Popper, *The Logic of Scientific Discovery*, Hutchinson and Co., Londres, 1959, p. 32). En cambio, cuando, excepcionalmente, se considera explícitamente como objeto el “contexto del descubrimiento” (por oposición al “contexto de la prueba”), es inevitable romper gran cantidad de esquemas rutinarios de la tradición epistemológica y metodológica y, en especial, la representación del desarrollo de la investigación como sucesión de etapas distintas y predeterminadas (cf. P. E. Hamond, comp., *Sociologists at Work, Essays on the Craft of Social Research*, Basic Books, Nueva York, 1964).

⁷ Piénsese, por ejemplo, en la facilidad con que la investigación puede reproducirse sin producir nada, según la lógica de la *pump-handle research*.

⁸ M. Weber, *Essais sur la théorie de la science* (trad. de J. Freund), Plon, París, 1965, p. 220 [hay ed. esp.].

evidentes como el dualismo de Dilthey —que no puede pensar la especificidad del método de las ciencias del hombre sino oponiéndole una imagen de las ciencias de la naturaleza originada en la mera preocupación por diferenciar— y el positivismo —preocupado por imitar una imagen de la ciencia natural fabricada según las necesidades de esta imitación—, ambos en común ignoran la filosofía exacta de las ciencias exactas. Esta grosera equivocación condujo a fabricar distinciones forzadas entre los dos métodos para responder a la nostalgia o a los deseos piadosos del humanismo, y a celebrar ingenuamente redescubrimientos desconocidos como tales o, además, a entrar en la puja positivista que escolarmente copia una imagen reduccionista de la experiencia como copia de lo real.

Pero puede advertirse que el positivismo efectúa sólo una caricatura del método de las ciencias exactas, sin acceder *ipso facto* a una epistemología exacta de las ciencias del hombre. De hecho, el carácter subjetivo de los hechos sociales y su irreductibilidad a los métodos rigurosos de la ciencia conforma una constante en la historia de las ideas que la crítica del positivismo mecanicista sólo reafirma. De esta forma, al percibir que “los métodos que los científicos o los investigadores fascinados por las ciencias de la naturaleza tan a menudo intentaron aplicar a la fuerza a las ciencias del hombre no siempre fueron necesariamente aquellos que los científicos aplicaban de hecho en su propia disciplina, sino más bien los que creían utilizar”,⁹ Hayek concluye de inmediato que los hechos sociales se diferencian “de los hechos de las ciencias físicas en tanto son creencias u opiniones individuales” y, por consiguiente, “no deben ser definidos según lo que podríamos descubrir sobre ellos por los métodos objetivos de la ciencia sino según lo que piensa la persona que actúa”.¹⁰ La impugnación de la imitación automática de las ciencias de la naturaleza se vincula tan mecánicamente a la crítica subjetivista de la objetividad de los hechos sociales que todo esfuerzo por encarar los problemas específicos que plantea la transposición a las ciencias del hombre del saber epistemológico de las ciencias de la naturaleza, corre siempre el riesgo de parecer una reafirmación de los derechos imprescriptibles de la subjetividad.¹¹

⁹ F. A. Von Hayek, *Scientisme et sciences sociales, Essai sur le mauvais usage de la raison* (trad. de M. Barre), Plon, París, 1953, p. 3.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 21 y 24.

¹¹ Y sin embargo todo el proyecto de Durkheim puede demostrar que es

LA METODOLOGÍA Y EL DESPLAZAMIENTO DE LA VIGILANCIA

Para superar las discusiones académicas y las formas académicas de superarlas, es necesario someter la práctica científica a una reflexión que, a diferencia de la filosofía clásica del conocimiento, se aplique no a la ciencia hecha, ciencia *verdadera* cuyas condiciones de posibilidad y de coherencia, cuyos títulos de legitimidad sería necesario establecer, sino a la ciencia que *se está haciendo*. Tal tarea, propiamente epistemológica, consiste en descubrir en la práctica científica misma, amenazada sin cesar por el error, las condiciones en las cuales se puede discernir lo verdadero de lo falso, en el pasaje desde un conocimiento menos verdadero a un conocimiento más verdadero, o más bien, como lo afirma Bachelard, "aproximado, es decir rectificado". Esta filosofía del trabajo científico como "acción polémica incesante de la Razón", traspuesta a la instancia de las ciencias del hombre, puede proporcionar los principios de una reflexión capaz de inspirar y controlar los actos concretos de una práctica verdaderamente científica, definiendo en lo que tengan de específico los principios del "racionalismo regional" propios de la ciencia sociológica. El racionalismo fijista que informaba las preguntas de la filosofía clásica del conocimiento hoy se expresa mejor en los intentos de algunos metodólogos que se inclinan a reducir la reflexión sobre el método a una lógica formal de las ciencias. Sin embargo, como lo señala P. Feyerabend, "todo fijismo semántico tropieza con dificultades cuando se trata de dar razón total del progreso del conocimiento y de los descubrimientos que a él aportan".¹² Más precisamente, interesarse en las relaciones intemporales entre los enunciados abstractos

posible evadirse de la alternativa de la imitación ciega y del rechazo, igualmente ciego, a imitar: "la sociología nació a la sombra de las ciencias de la naturaleza y en contacto íntimo con ellas [...]. Es natural que algunos de los primeros sociólogos se equivocaran al exagerar este acercamiento hasta el punto de desconocer el origen de las ciencias sociales y la autonomía que deben disfrutar respecto de las otras ciencias que las han precedido. Pero esta exageración no debe hacer olvidar toda la fecundidad de los orígenes más importantes del pensamiento científico". *Rivista Italiana di Sociologia*, tomo IV, 1900, pp. 127-159, citado en A. Cuvillier, *Où va la sociologie française?*, Marcel Rivière et Cie., Paris, 1953, pp. 177-208 [hay ed. esp.].

¹² P. Feyerabend, in H. Feigl y G. Maxwell (comp.), "Scientific Explanation, Space and Time", en *Minnesota Studies in the Philosophy of Science*, vol. III, Minneapolis, 1962, p. 31.

en detrimento de los procesos por los cuales cada proposición o cada concepto fue establecido y engendró otras proposiciones u otros conceptos, supone negarse a colaborar efectivamente con quienes están inmersos en las peripecias inseguras del trabajo científico, desplazando así el desarrollo de la intriga entre bastidores para llevar a escena sólo los desenlaces. Totalmente ocupados en la búsqueda de una lógica ideal del descubrimiento, los metodólogos no pueden dirigirse en realidad sino a un investigador definido abstractamente por su aptitud para concretar estas normas de perfección, es decir a un investigador impecable, lo que equivale a decir imposible o estéril. La obediencia incondicional a un *organon* de reglas lógicas tiende a producir un efecto de "clausura prematura", al hacer desaparecer, como lo diría Freud, "la elasticidad en las definiciones", o como lo afirma Carl Hempel, "la disponibilidad semántica de los conceptos" que constituye una de las condiciones del descubrimiento, por lo menos en ciertas etapas de la historia de una ciencia o del desarrollo de una investigación.

No se trata aquí de negar que la formalización lógica encarada como medio para poner a prueba la lógica en acto de la investigación y la coherencia de sus resultados constituye uno de los instrumentos más eficaces del control epistemológico; pero esta implementación legítima de los instrumentos lógicos opera demasiado a menudo como garantía de la enfermiza predilección por ejercicios metodológicos cuyo único fin discernible es posibilitar la exhibición de un arsenal de medios disponibles. Frente a algunas investigaciones concebidas en función de las necesidades de la causa lógica o metodológica, no puede sino evocarse, con Abraham Kaplan, la conducta de un borracho que, habiendo perdido la llave de su casa, la busca sin embargo con obstinación, bajo la luz de un farol, ya que alega que allí se ve mejor [A. Kaplan, *texto n° 3*].

El rigorismo tecnológico que descansa sobre la fe en un rigor definido de una vez para siempre y para todas las situaciones, es decir una representación fijista de la verdad o del error como transgresión a normas incondicionales, se opone diametralmente a la búsqueda de *rigores específicos*, desde una teoría de la verdad como teoría del error rectificado. "El conocer —agrega Gaston Bachelard— debe evolucionar junto con lo conocido." Lo que equivale a afirmar que es inútil buscar una lógica anterior y exterior a la historia de la ciencia que se está haciendo. Para captar los procedimientos de la investigación es necesario analizar cómo

opera en lugar de encerrarla en la observancia de un decálogo de procedimientos que quizá no deban parecer adelantados respecto de la práctica real sino por el hecho de que son definidos por adelantado.¹³ “Desde la fascinación por el hecho de que en matemática evitar el error es cuestión de técnica, se pretende definir la verdad como el producto de una actividad intelectual que responde a ciertas normas; se pretende considerar los datos experimentales como se consideran los axiomas de la geometría; se confía determinar reglas de pensamiento que desempeñarían la función que la lógica desempeña en matemática. Se quiere, a partir de una experiencia limitada, construir la teoría de una vez por todas. El cálculo infinitesimal elaboró sus fundamentos paso a paso, la noción de número sólo alcanzó claridad después de 2 500 años. Los procedimientos que instauran el rigor se originan como respuestas a preguntas que no pueden formularse *a priori*, y que sólo el desarrollo de la ciencia hace surgir. La ingenuidad se pierde lentamente. Esto, verdadero en matemática, lo es *a fortiori* para las ciencias de observación, adonde cada teoría refutada impone nuevas exigencias de rigor. Es pues inútil pretender plantear *a priori* las condiciones de un pensamiento auténticamente científico.”¹⁴

Más profundamente, la exhortación insistente por una perfección metodológica corre el riesgo de provocar un *desplazamiento* de la vigilancia epistemológica; en lugar de preguntarse, por ejemplo, sobre el objeto de la medición, sobre el grado de precisión deseable y legítimo según las condiciones particulares de la misma, o determinar, más simplemente, si los instrumentos miden lo que se desea medir, es posible, arrastrados por el deseo de acuñar en tareas realizables la idea pura del rigor metodológico, perseguir, en una obsesión por el decimal, el ideal contradictorio de una precisión definible intrínsecamente, olvidando que, tal como lo recuerda A. D. Richtie, “realizar una medición más precisa que lo necesario no es menos absurdo que hacer una medición insuficien-

¹³ Los autores de un largo estudio dedicado a las funciones del método estadístico en sociología admiten *in fine* que “sus indicaciones en lo que concierne a las posibilidades de aplicar la estadística teórica a la investigación empírica, caracterizan sólo el estado actual de la discusión metodológica, quedando la práctica en un segundo plano” (E. K. Scheuch y D. Rüschemeyer, “Soziologie und Statistik, Über den Einfluss der modernen Wissenschaftslehre auf ihr gegenseitiges Verhältnis”, en *Kölner Zeitschrift für Soziologie und Sozial-Psychologie*, VIII, 1956, pp. 272-291).

¹⁴ A. Régnier, *Les infortunes de la Raison*, Seuil, Paris, 1966, pp. 37-38.

temente precisa”,¹⁵ o también que, como lo señala N. Campbell, cuando se establece que todas las proposiciones comprendidas dentro de ciertos límites son equivalentes y que la proposición definida aproximativamente se sitúa dentro de estos límites, el uso de la forma aproximativa es perfectamente legítimo.¹⁶ Se entiende que la ética del deber metodológico pueda, al engendrar una casuística de la equivocación técnica, conducir, por lo menos indirectamente, a una ritual de procedimientos que quizás es la caricatura del rigor metodológico, pero que es sin duda y exactamente el opuesto de la vigilancia epistemológica.¹⁷ Es especialmente significativo que la estadística, ciencia del error y del conocimiento aproximativo, que en procedimientos tan comunes como el cálculo de error o del límite de confiabilidad opera con una filosofía de la vigilancia crítica, pueda ser frecuentemente utilizada como coartada científica de la sujeción ciega al instrumento.

De la misma forma, cada vez que los teóricos conducen la investigación empírica y los instrumentos conceptuales que emplea ante el tribunal de una teoría cuyas construcciones en el dominio de una ciencia que ella pretende reflejar y dirigir se niegan a evaluar, gozan del respeto de los practicistas, respeto forzado y verbal, sólo en nombre del prestigio indistintamente atribuido a toda empresa teórica.

Y si sucede que la coyuntura intelectual posibilita que los teóricos puros impongan a los científicos su ideal, lógico o semán-

¹⁵ A. D. Richtie, *Scientific Method: An Inquiry into the Character and Validity of Natural Laws*, Littlefield, Adams, Paterson (N.J.), 1960, p. 113. Al analizar esta búsqueda de “la precisión mal fundada”, que consiste en creer “que el mérito de la solución se mide por el número de decimales indicados”, Bachelard indica “que si una precisión en un resultado va más allá de la precisión de los datos experimentales, es exactamente la determinación de la nada... Esta práctica recuerda la chanza de Dulong quien, al referirse a un experimentador decía: está seguro de la tercera decimal, es sobre la primera que duda” (Gaston Bachelard, *La formación del espíritu científico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, pp. 251-252).

¹⁶ N. R. Campbell, *An Account of the Principles of Measurement and Calculation*, Longmans, Green and Co., Londres, Nueva York, 1928, p. 186. Podría recordarse en este caso la distinción que establecía Cournot entre *orden lógico y orden racional*, que lo llevaba a señalar que la búsqueda de la perfección lógica puede desviar de la captación del orden racional (*Essai sur les fondements de nos connaissances et sur les caractères de la critique philosophique*, Hachette, Paris, 1851, pp. 242 y ss.).

¹⁷ El angustiado interés por las enfermedades del espíritu científico puede provocar un efecto tan depresivo como las inquietudes hipocondríacas de los adictos al *Larousse médical*.

tico, de la coherencia íntegra y universal del sistema de conceptos, pueden llegar a detener la investigación en la medida en que logran contagiar la obsesión de pensarlo todo, de todas las formas y en todas sus relaciones a la vez, ignorando que en las situaciones concretas de la práctica científica no se puede pretender construir problemáticas o teorías nuevas sino cuando se renuncia a la ambición imposible, que no es escolar ni profética, de decirlo todo, sobre todas las cosas y, además, ordenadamente.¹⁸

EL ORDEN EPISTEMOLÓGICO DE RAZONES

Pero estos análisis sociológicos o psicológicos de la distorsión metodológica y de la desviación especulativa no pueden ocupar el lugar de la crítica propiamente epistemológica a la que introducen. Si es necesario prevenirse, con especial convicción, frente a la puesta en guardia de los metodólogos es porque, al llamar la atención exclusivamente sobre los controles formales de los procedimientos experimentales y los conceptos operacionales, corren el riesgo de desplazar la vigilancia sobre peligros más serios. Los instrumentos y los apoyos, muy poderosos sin duda, que la reflexión metodológica proporciona a la vigilancia se vuelven contra ésta cada vez que no se cumplen las condiciones previas a su utilización. La ciencia de las condiciones formales del rigor de las operaciones, que presenta el aspecto de una puesta en forma "operatoria" de la vigilancia epistemológica, puede parecer que se funda en la pretensión de asegurar automáticamente la aplicación de los principios y preceptos que definen la vigilancia epistemológica, de manera tal que es necesario un acrecentamiento de la vigilancia para evitar que produzca automáticamente este efecto de desplazamiento.

Sería necesario, como decía Saussure, "mostrar al lingüista

¹⁸ Algunas disertaciones teóricas sobre todas las cosas conocidas o conocibles desempeñan, sin duda, una función de anexión anticipada análoga a la de las profecías astrológicas dispuestas siempre a digerir retrospectivamente el acontecimiento: "Existen personas, dice Claude Bernard, que sobre una cuestión dicen todo lo que se puede decir para tener el derecho de reclamar cuando, más tarde, se haga alguna experiencia al respecto. Son como aquellos que ubican planetas en todo el espacio para afirmar luego que allí está el planeta que habían previsto" (*Principes de médecine expérimentale*, PUF, París, 1947, p. 255).

lo que hace".¹⁹ Preguntarse qué es hacer ciencia o, más precisamente, tratar de saber qué hace el científico, sepa éste o no lo que hace, no es sólo interrogarse sobre la eficacia y el rigor formal de las teorías y de los métodos, es examinar a las teorías y los métodos en su aplicación para determinar qué hacen con los objetos y qué objetos hacen. El orden según el cual debe efectuarse este examen se impone tanto por el análisis propiamente epistemológico de los obstáculos al conocimiento como por el análisis sociológico de las implicaciones epistemológicas de la sociología actual que definen la jerarquía de los peligros epistemológicos y, por este camino, de los puntos de urgencia.

Establecer, con Bachelard, que *el hecho científico se conquista, construye, comprueba*, implica rechazar al mismo tiempo el empirismo que reduce el acto científico a una comprobación y el convencionalismo que sólo le opone los preámbulos de la construcción. A causa de recordar el imperativo de la comprobación, enfrentando la tradición especulativa de la filosofía social de la cual debe liberarse, la comunidad sociológica persiste en olvidar hoy la jerarquía epistemológica de los actos científicos que subordina la comprobación a la construcción y la construcción a la ruptura: en el caso de una ciencia experimental, la simple remisión a la prueba experimental no es sino tautológica en tanto no se acompañe de una explicación de los supuestos teóricos que fundamentan una verdadera experimentación, y esta explicitación no adquiere poder heurístico en tanto no se le adhiera la explicitación de los obstáculos epistemológicos que se presentan bajo una forma específica en cada práctica científica.

¹⁹ E. Benveniste, "Lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet", en *Cahiers Ferdinand de Saussure*, 21, 1964, pp. 92-135.

PRIMERA PARTE

LA RUPTURA

I. EL HECHO SE CONQUISTA CONTRA LA ILUSIÓN DEL SABER
INMEDIATO

La vigilancia epistemológica se impone particularmente en el caso de las ciencias del hombre, en las que la separación entre la opinión común y el discurso científico es más imprecisa que en otros casos. Aceptando con demasiada facilidad que la preocupación de una reforma política y moral de la sociedad arrastró a los sociólogos del siglo XIX a abandonar a menudo la neutralidad científica, y también que la sociología del siglo XX pudo renunciar a las ambiciones de la filosofía social sin precaverse empero de las contaminaciones ideológicas de otro orden, con frecuencia se deja de reconocer, a fin de extraer de ello todas las consecuencias, que la familiaridad con el universo social constituye el obstáculo epistemológico por excelencia para el sociólogo, porque produce continuamente concepciones o sistematizaciones ficticias, al mismo tiempo que sus condiciones de credibilidad. El sociólogo no ha saldado cuentas con la sociología espontánea y debe imponerse una polémica ininterrumpida con las engeñecedoras evidencias que presentan, a bajo precio, las ilusiones del saber inmediato y su riqueza insuperable. Le es igualmente difícil establecer la separación entre la percepción y la ciencia —que, en el caso del físico, se expresa en una acentuada oposición entre el laboratorio y la vida cotidiana— como encontrar en su herencia teórica los instrumentos que le permitan rechazar radicalmente el lenguaje común y las nociones comunes.

Ciencia U.S.
Sociología

1-1. *Prenociones y técnicas de ruptura*

Como tienen por función reconciliar a todo precio la conciencia común consigo misma, proponiendo explicaciones, aun contradictorias, de un mismo hecho, las opiniones primeras sobre los hechos sociales se presentan como una colección falsamente sistematizada de juicios de uso alternativo. Estas prenociones, "representaciones esquemáticas y sumarias" que se "forman por la práctica y para ella", como lo observa Durkheim, reciben su evidencia y "autoridad" de las funciones sociales que cumplen [E. Durkheim, *texto n° 4*].

La influencia de las nociones comunes es tan fuerte que todas las técnicas de objetivación deben ser aplicadas para realizar efectivamente una ruptura, más a menudo anunciada que efectuada. Así los resultados de la medición estadística pueden, por lo menos, tener la virtud negativa de desconcertar las primeras impresiones. De la misma forma, aún no se ha considerado suficientemente la función de ruptura que Durkheim atribuía a la definición previa del objeto como construcción teórica "provisoria" destinada, ante todo, a "sustituir las nociones del sentido común por una primera noción científica"¹ [M. Mauss, *texto n° 5*]. En efecto, en la medida en que el lenguaje común y ciertos usos especializados de las palabras comunes constituyen el principal vehículo de las representaciones comunes de la sociedad, una crítica lógica y lexicológica del lenguaje común surge como el paso previo más indispensable para la elaboración controlada de las nociones científicas [J. H. Goldthorpe et D. Lockwood, *texto n° 6*].

Como durante la observación y la experimentación el sociólogo establece una relación con su objeto que, en tanto relación social, nunca es de puro conocimiento, los datos se le presentan como configuraciones vivas, singulares y, en una palabra, dema-

¹ P. Fauconnet y M. Mauss, artículo "Sociologie", en *Grande Encyclopédie Française*, t. xxx, París, 1901, p. 173. No es casualidad si los que quieren encontrar en Durkheim, y más precisamente en su teoría de la definición y del indicador (cf. por ej., R. K. Merton, *Eléments de théorie et de méthode sociologique* [trad. H. Mendras], 2ª edic. aumentada, Plon, París, 1965, p. 61), el origen y garantía del "operacionalismo" desconocen la función de ruptura que Durkheim confería a la definición: en efecto, numerosas definiciones llamadas "operatorias" no son otra cosa que una puesta en forma, lógicamente controlada o formalizada, de las ideas del sentido común.

siado humanas, que tienden a imponerse como estructuras de objeto. Al desmontar las totalidades concretas y evidentes que se presentan a la intuición, para sustituirlas por el conjunto de criterios abstractos que las definen sociológicamente — profesión, ingresos, nivel de educación, etc. —, al proscribir las inducciones espontáneas que, por efecto de halo, predisponen a extender sobre toda una clase los rasgos sobresalientes de los individuos más "típicos" en apariencia, en resumen, al desgarrar la trama de relaciones que se entreteje continuamente en la experiencia, el análisis estadístico contribuye a hacer posible la construcción de relaciones nuevas, capaces, por su carácter insólito, de imponer la búsqueda de relaciones de un orden superior que den razón de éste.

Así, el descubrimiento no se reduce nunca a una simple lectura de lo real, aun del más desconcertante, puesto que supone siempre la ruptura con lo real y las configuraciones que éste propone a la percepción. Si se insiste demasiado sobre el papel del azar en el descubrimiento científico, como lo hace Robert K. Merton en su análisis del *serendipity*, se corre el riesgo de suscitar las representaciones más ingenuas del descubrimiento, resumidas en el paradigma de la manzana de Newton: la captación de un hecho inesperado supone, al menos, la decisión de prestar una atención metódica a lo inesperado, y su propiedad heurística depende de la pertinencia y de la coherencia del sistema de cuestiones que pone en discusión.² Es sabido que el acto de descubrir que conduce a la solución de un problema sensorio-motor o abstracto debe romper las relaciones más aparentes, que son las más familiares, para hacer surgir el nuevo sistema de relaciones entre los elementos. En sociología, como en otros campos, "una investigación seria conduce a reunir lo que vulgarmente se separa o a distinguir lo que vulgarmente se confunde".³

1-2. *La ilusión de la transparencia y el principio de la no-conciencia*

Todas las técnicas de ruptura, crítica lógica de las nociones sometidas a la prueba estadística de las falsas evidencias, impugnación

² R. K. Merton, *Eléments de théorie et de méthode sociologique*, op. cit., pp. 47-51.

³ "Por ejemplo, la ciencia de las religiones reunió en un mismo género

decisoria y metódica de las apariencias, son sin embargo importantes en tanto la sociología espontánea no es atacada en su propio principio, es decir en la filosofía del conocimiento de lo social y de la acción humana que la sostiene. La sociología no puede constituirse como ciencia efectivamente separada del sentido común sino bajo la condición de oponer a las pretensiones sistemáticas de la sociología espontánea la resistencia organizada de una teoría del conocimiento de lo social cuyos principios contradigan, punto por punto, los supuestos de la filosofía primera de lo social. Sin tal teoría, el sociólogo puede rechazar ostensiblemente las prenociones, construyendo la apariencia de un discurso científico sobre los presupuestos inconscientemente asumidos, a partir de los cuales la sociología espontánea engendra esas prenociones. El artificialismo, representación ilusoria de la génesis de los hechos sociales según la cual el científico podría comprender y explicar estos hechos "mediante el solo esfuerzo de su reflexión personal", descansa, en última instancia, sobre el presupuesto de la ciencia infusa que, arraigado en el sentimiento de familiaridad, funda también la filosofía espontánea del conocimiento del mundo social: la polémica de Durkheim contra el artificialismo, el psicologismo o el moralismo no es sino el revés del postulado según el cual los hechos sociales "tienen una manera de ser constante, una naturaleza que no depende de la arbitrariedad individual y de donde derivan las relaciones necesarias" [E. Durkheim, texto nº 7]. Marx no afirmaba otra cosa cuando sostenía que "en la producción social de su existencia, los hombres traban relaciones determinadas, necesarias, independientes de su voluntad", y también Weber lo afirmaba cuando proscribía la reducción del sentido cultural de las acciones a las intenciones subjetivas de los actores. Durkheim, que exige del sociólogo que penetre en el mundo social como en un mundo desconocido, reconocía a Marx el mérito de haber roto con la ilusión de la transparencia: "Creemos fecunda la idea de que la vida social debe explicarse, no por la concepción que se hacen los que en ella participan, sino por las causas profundas que escapan a la conciencia"⁴ [E. Durkheim, texto nº 8].

a los tabúes de impureza y los de pureza, puesto que son todos tabúes; por el contrario, distinguió cuidadosamente los ritos funerarios y el culto de los antepasados" (P. Fauconnet y M. Mauss, "Sociologie", loc. cit., p. 173).

⁴ E. Durkheim, informe de A. Labriola, "Essais sur la conception matérialiste de l'histoire", en *Revue Philosophique*, dic. 1897, vol. XLIV, 2do. año, p. 648.

Tal convergencia se explica fácilmente:⁵ lo que podría denominarse principio de la no-conciencia, concebido como condición *sine qua non* de la constitución de la ciencia sociológica, no es sino la reformulación del principio del determinismo metodológico en la lógica de esta ciencia, del cual ninguna ciencia puede renegar sin negarse como tal.⁶

Es lo que se oculta cuando se expresa el principio de la no-conciencia en el vocabulario de lo inconsciente, transformándose así un postulado metodológico en tesis antropológica, ya se termine sustentando la substancia o que se permita la polisemia del término para reconciliar la afición a los misterios de la interioridad con los imperativos del distanciamiento⁷ [L. Wittgenstein, texto nº 9]. De hecho, el principio de la no-conciencia no tiene otra función que apartar la ilusión de que la antropología pueda constituirse como ciencia reflexiva y definir, simultáneamente, las condiciones metodológicas en las cuales puede convertirse en cien-

⁵ La acusación de sincretismo que podría provocar la comparación de textos de Marx, Weber y Durkheim descansaría en la confusión entre la teoría del conocimiento de lo social como condición de posibilidad de un discurso sociológico verdaderamente científico y la teoría del sistema social (sobre este punto véase pp. 15, 16 y pp. 48-50, e *infra*, G. Bachelard, texto nº 2, pp. 121-124). En caso de que no se nos concediera esta distinción, habría que examinar todavía si la apariencia disparatada no se mantiene porque se permanece fiel a la representación tradicional de una pluralidad de tradiciones teóricas, representación que impugna precisamente el "eclecticismo apacible" de la teoría del conocimiento sociológico, rechazando, a partir de la experiencia práctica sociológica, ciertas oposiciones consideradas rituales por otra práctica, la de la enseñanza de la filosofía.

⁶ "Si, como escribe C. Bernard, un fenómeno se presentara en una experiencia con una apariencia tan contradictoria, que no se ligara de una manera necesaria a condiciones de existencia determinadas, la razón debería rechazar el hecho como un hecho no científico [...], porque admitir un hecho sin causa, es decir, indeterminable en sus condiciones de existencia, no es ni más ni menos que la negación de la ciencia" (C. Bernard, *Introduction à l'étude de la médecine expérimentale*, J. B. Baillière e Hijos, París, 1865, cap. II, parágrafo 7).

⁷ Aunque permaneció encerrado en la problemática de la conciencia colectiva por los instrumentos conceptuales propios de las ciencias humanas de su época, Durkheim se esforzó en distinguir el principio por el cual en el sociólogo surgen a la existencia regularidades no-conscientes de la afirmación de un "inconsciente" dotado de caracteres específicos. Refiriéndose a la relación entre las representaciones individuales y las colectivas escribe: "Todo lo que sabemos, en efecto, es que hay fenómenos que se suceden en nosotros, que no obstante ser de orden psíquico no son conocidos por el yo que somos. En cuanto a saber si son percibidos por algún yo desconocido o lo que pudiera

cia experimental⁸ [E. Durkheim, *texto n° 10*; F. Simiand, *texto n° 11*].

Si la sociología espontánea renace instintivamente y bajo disfraces tan diferentes en la sociología científica, es sin duda porque los sociólogos que buscan conciliar el proyecto científico con la afirmación de los derechos de la persona —derecho a la libre actividad y a la clara conciencia de la actividad— o que, sencillamente, evitan someter su práctica a los principios fundamentales de la teoría del conocimiento sociológico, tropiezan inevitablemente con la filosofía ingenua de la acción y de la relación del sujeto con la acción, que obligan a defender, en su sociología espontánea de los sujetos sociales, la verdad vivida de su experiencia de la acción social. La resistencia que provoca la sociología cuando pretende separar la experiencia inmediata de su privilegio gnoseológico se basa en la misma filosofía humanista de la acción humana de cierta sociología que, empleando conceptos como el de “motivación”, por ejemplo, o limitándose por predilección a cuestiones de *decision-marking*, realiza, a su manera, la ingenua promesa de todo sujeto social: creyendo ser dueño y propietario de sí mismo y de su propia verdad, no queriendo conocer otro determinismo que el de sus propias determinaciones (incluso si las considera inconscientes), el humanismo ingenuo que existe en todo hombre opera como una reducción “sociologista” o “materialista”

ser fuera de toda captación, no nos importa. Concédasenos sólo que la vida representativa se extiende más allá de nuestra conciencia actual” (E. Durkheim, “Représentations individuelles et représentations collectives”, *Revue de Métaphysique et de Morale*, iv, mayo 1898, reproducido en *Sociologie et Philosophie*, F. Alcan, París, 1924; citado de acuerdo con la 3ª edic. PUF, París, 1967, p. 25 [hay ed. esp.]).

⁸ Es lo que sugiere C. Lévi-Strauss cuando distingue el empleo que hace Mauss de la noción de inconsciente de la de inconsciente colectivo de Jung “lleno de símbolos y aun de cosas simbolizadas que forman una especie de *substrat*”, y que le concede a Mauss el mérito “de haber recurrido al inconsciente como proveedor del carácter común y específico de los hechos sociales” (C. Lévi-Strauss, “Introduction”, en M. Mauss, *Sociologie et Anthropologie*, PUF, París 1950, pp. xxx y xxxii [hay ed. esp.]). Es en ese sentido que reconoce ya en Taylor la afirmación, sin duda confusa y equívoca, de lo que hace la originalidad de la etnología, a saber “la naturaleza inconsciente de los fenómenos colectivos” [...]. “Incluso cuando se encuentran interpretaciones, éstas tienen siempre el carácter de racionalizaciones o de elaboraciones secundarias: no hay ninguna duda de que las razones por las cuales se practica una costumbre, o se comparte una creencia, son muy distintas de las que se invoca para justificarla” (*Anthropologie structurale*, Plon, París, 1958, p. 25 [hay ed. esp.]).

de todo intento por establecer que el sentido de las acciones más personales y más “transparentes” no pertenecen al sujeto que las ejecuta sino al sistema total de relaciones en las cuales, y por las cuales, se realizan. Las falsas profundidades que promete el vocabulario de las “motivaciones” (notablemente diferenciadas de los simples “motivos”) quizá tengan por función salvaguardar a la filosofía de la elección, adornándola de prestigios científicos que se dediquen a la investigación de elecciones inconscientes. La indagación superficial de las fundaciones psicológicas tal como son vividas —“razones” o “satisfacciones”— impide a menudo la investigación de las funciones sociales que las “razones” ocultan y cuyo cumplimiento proporciona, además, las satisfacciones directamente experimentadas.⁹

Contra este método ambiguo que permite el intercambio indefinido de relaciones entre el sentido común y el sentido común científico, hay que establecer un segundo principio de la teoría del conocimiento de lo social que no es otra cosa que la forma positiva del principio de la no-conciencia: las relaciones sociales no podrían reducirse a relaciones entre subjetividades animadas de intenciones o “motivaciones” porque ellas se establecen entre condiciones y posiciones sociales y tienen, al mismo tiempo, más realidad que los sujetos que ligan. Las críticas que Marx efectuaba a Stirner alcanzan a los psicólogos y a los sociólogos que reducen las relaciones sociales a la representación que de ellas se hacen los sujetos y creen, en nombre de un artificialismo práctico, que se pueden transformar las relaciones objetivas transformando esa representación de los sujetos: “Sancho no quiere que dos individuos estén en «contradicción» uno contra otro, como burgués y proletario [...], querría verlos mantener una relación personal de individuo a individuo. No considera que, en el marco de la división del trabajo, las relaciones personales se convierten necesaria e inevitablemente en relaciones de clase y como tal se cristalizan; así toda su verbosidad se reduce a un voto piadoso que quiere cumplir exhortando a los individuos de esas clases a

⁹ Tal es el sentido de la crítica que Durkheim hacía de Spencer: “Los hechos sociales no son el simple desarrollo de los hechos psíquicos, sino que estos últimos son, en gran parte, la prolongación de los primeros en el interior de la conciencia. Esta proposición es muy importante ya que el punto de vista contrario expone al sociólogo, a cada instante, a que tome la causa por efecto y recíprocamente” (*De la division du travail social*, 7ª edic., PUF, París, 1960, p. 341 [hay ed. esp.]).

desechar de su espíritu la idea de sus «contradicciones» y de su «privilegio» particular [...]. Para destruir la «contradicción» y lo «particular», bastaría cambiar la «opinión» y el «querer».¹⁰ Independientemente de las ideologías de la «participación» y de la «comunicación» a las que respaldan a menudo, las técnicas clásicas de la psicología social conducen, en razón de su epistemología implícita, a privilegiar a las representaciones de los individuos en detrimento de las relaciones objetivas en las cuales están inscriptas y que definen la «satisfacción» o la «insatisfacción» que experimentan, los conflictos que encierran o las expectativas o ambiciones que expresan. El principio de la no-conciencia impone, por el contrario, que se construya el sistema de relaciones objetivas en el cual los individuos se hallan insertos y que se expresa mucho más adecuadamente en la economía o en la morfología de los grupos que en las opiniones e intenciones declaradas de los sujetos. El principio explicativo del funcionamiento de una organización está muy lejos de que lo suministre la descripción de las actitudes, las opiniones y aspiraciones individuales; en rigor, es la captación de la lógica objetiva de la organización lo que proporciona el principio capaz de explicar, precisamente, aquellas actitudes, opiniones y aspiraciones.¹¹ Este objetivismo provisorio que es la condición de la captación de la verdad objetivada de los sujetos, es también la condición de la comprensión total de la relación vivida que los sujetos mantienen con su verdad objetivada en un sistema de relaciones objetivas.¹²

¹⁰ K. Marx, *Idéologie allemande* (trad. J. Molitor), en *Oeuvres Philosophiques*, t. IX, A. Costes, París, 1947, p. 94 [hay ed. esp.].

¹¹ Esta reducción a la psicología encuentra uno de sus modelos de elección en el estudio de los grupos pequeños, aislados de la acción y de la interacción, abstraídos de la sociedad global. No se tienen más en cuenta las investigaciones o el estudio aislado de los conflictos psicológicos entre sectores, sustituidos por el análisis de las relaciones objetivas entre las fuerzas sociales.

¹² Si fuera necesario, por las necesidades de la tarea pedagógica, poner fuertemente el acento sobre la objetivación previa que se impone a todo estudio sociológico, cuando quiere romper con la sociología espontánea, no podría reducirse la tarea de la explicación sociológica a las dimensiones de un objetivismo: «La sociología supone, por su misma existencia, la superación de la oposición ficticia que subjetivistas y objetivistas hacen surgir arbitrariamente. Si la sociología es posible como ciencia objetiva, es porque existen relaciones exteriores, necesarias, independientes de las voluntades individuales y, si se quiere, inconscientes (en el sentido de que no son objeto de la simple reflexión), que no pueden ser captadas sino por los rodeos de la observación y de la experimentación objetivas. [...] Pero, a diferencia de las ciencias naturales,

1-3. Naturaleza y cultura: substancia y sistema de relaciones

Si el principio de la no-conciencia no es sino el revés del referido al ámbito de relaciones, este último debe conducir al rechazo de todos los intentos por definir la verdad de un fenómeno cultural independientemente del sistema de relaciones históricas y sociales del cual es parte. Tantas veces condenado, el concepto de naturaleza humana, la más sencilla y natural de todas las naturalezas, subsiste sin embargo bajo la especie de conceptos que son moneda corriente, por ejemplo, las «tendencias» o las «propensiones» de ciertos economistas, las «motivaciones» de la psicología social o las «necesidades» y los «pre-requisitos» del análisis funcionalista. La filosofía esencialista, que es la base de la noción de naturaleza, todavía se practica en cierto uso ingenuo de los criterios de análisis como el sexo, la edad, la raza o las aptitudes intelectuales, al considerarse esas características como datos naturales, necesarios y eternos, cuya eficacia podría ser captada independientemente de las condiciones históricas y sociales que los constituyen en su especificidad, por una sociedad dada y en un tiempo determinado.

De hecho, el concepto de naturaleza humana está presente cada vez que se trasgrede el precepto de Marx que prohíbe eternizar en la naturaleza el producto de la historia, o el precepto de Durkheim que exige que lo social sea explicado por lo social y sólo por lo social [*K. Marx, texto nº 12; Durkheim, texto nº 13*]. La fórmula de Durkheim conserva todo su valor pero a condición de que exprese no la reivindicación de un «objeto real», efectivamente distinto del de las otras ciencias del hombre, ni la pre-

una antropología total no puede detenerse en una construcción de relaciones objetivas porque la experiencia de las significaciones forma parte de la significación total de la experiencia: la sociología, aun la menos sospechosa de subjetivismo, recurre a conceptos intermediarios y mediadores entre lo subjetivo y lo objetivo, como alienación, actitud o *ethos*. En efecto, le corresponde construir el sistema de relaciones que engloba y el sentido objetivo de las conductas organizadas según regularidades mensurables y las relaciones singulares que los sujetos mantienen con las condiciones objetivas de su existencia y con el sentido objetivo de sus conductas, sentido que los posee porque están desposeídos de él. Dicho de otro modo, la descripción de la subjetividad-objetividad remite a la descripción de la interiorización de la objetividad" (P. Bourdieu, *Un Art moyen*, París, Ed. de Minuit, 1970, 2ª edic., pp. 18-20; 1ª edic. 1965).